

La física orfandad de expatriados

pun.

que

za el corazón al pasar la raya de Quereo o al ver desvanecerse en alta mar las temblorosas luces de la costa; y otro, el inaudito amor a la aventura, la viajera inquietud siempre en pie, la avidez coleccionista de horizontes distintos que hace en Galicia más sencillo que en ninguna otra parte lanzarse a la otra orilla del océano con una sencilla barjuleta de emigrante al hombro, con un alma intrépida, eso sí, en el almarío, y a la buena de Dios.

Pues la gaita sabe bien de ambas cosas, aunque tan dispares se le antojen. El roncón y el punteiro son, por así decirlo, los símbolos de las dos. El roncón, sordo, igual, monocorde, es como una alfombra musical en la que el punteiro acomete sus acrobacias, sus saltos mortales, sus alegres y peregrinas piruetas. El roncón es el primer sonido de la gaita y es, también, el último. Apenas el fole crece, sincronizado a los carrillos del gaitero, el roncón barrena ya el aire de las romerías, invita al trezado de las muñeiras y llena de júbilo a las espadañas de las ermitas. Se le oye aisladamente unos segundos y aunque su voz entonces parece ser la única voz de la gaita algo avisa de que es sólo su mitad y, acaso, aun menos, y de que la otra voz, necesaria a su diálogo, espera, muy cerca, el instante seguro y musical de su engranaje. De lejos parece llegar el punteiro: irrumpe sobre el roncón animado de una dionisiaca alegría de patinador, se desliza sobre su rampa mate e invariable y lanza por alto y por bajo sus trinos como platos de malabarista. El roncón es la niebla, la lluvia menuda y persistente—el calabobos—; el punteiro es el agudo rayo de sol que pincha el globo del paisaje, la contraseña que hace brincar el alma y avienta de su intimidad las nubes bajas y la clarifica. El roncón, en suma, es esa ininterrumpida requisitoria de la tierra que nos reclama y nos ata, y nos liga a ella; el punteiro, el intrépido espíritu que esparce a los gallegos a través del mundo y los dispara por todos los continentes, como una semilla de abnegación, de honradez y de ~~clasicismo~~ *Falajo*.

Sugestivo es ya, sin que se precise de más profundo análisis, ese paralelo, y aun se acrecienta, sin embargo, al pensar que, a la manera en que el punteiro vuelve al fin a soldarse al roncón y lo busca para exhalar sobre él su postrera nota, así el gallego también, mientras puede, fatigado de paisajes que no son los natales, de perspectivas que no son las que vieran sus ojos de niño, de horizontes que jamás pudieron hacerle olvidar los suyos, regresa al punto de origen cuando la vida dobla el cabo de la vejez, rumbo a la muerte, y se extingue, dulcemente abrigado, en el mismo rincón de donde partió.

Pienso todo esto en tanto el tren de Galicia, que hoy, sábado, veo pasar ante mis ojos, y mi melancolía, desde el puentecillo alevé de la Casa de Campo, vuela al litoral que el Atlántico baña, mientras del último vagón de viajeros llega hasta mis oídos el eco de una gaita que alguien toca como con el deseo de salir al encuentro de los castaños y de las rías, hacia los que marcha a equis kilómetros por hora su convoy y a velocidad del rayo su nostalgia.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO

Revista de la Coruña

Ellopio de la gaita

TREN A GALICIA

No creo que haya muchos instrumentos populares que reflejen con tanta exactitud como la gaita el espíritu y la psicología del pueblo que los emplea para expresar con ellos sus alegrías y sus tristezas.

Dos sentimientos predominantes se disputan el alma galaica: uno, el aferrado y telúrico amor al suelo de origen, aquel recostarse mimosamente en su evocación y en su recuerdo cuando se está ausente, aque-

impresión de memoria